

¡Cómo aplauden las gentes, libres ya del terror,  
y lloran las mujeres, de alegría y amor!  
En el fondo de su alma musita el trovador:  
¡Oh, Dios, el buen vasallo ya tiene buen Señor!

Acababa así la *Cruzada*. Lo que vendría después tendría también su propia literatura, su poesía. Pero eso es ya otra historia (1).

(1) Una ampliación de este trabajo, que se ocupaba de la poesía fascista española hasta 1955, fue presentado como ponencia en el VII Congreso de la *Asociación Internacional de Hispanistas* (Venecia, agosto 1980). Algunas de las ideas aquí expuestas provienen de Umberto Silva, *Arte e Ideología del fascismo* (Valencia, 1975). Agradezco a Francisco Caudet el haberme permitido utilizar el original de un libro suyo (en prensa) sobre el tema.

## SOBRE QUEVEDO Y ESPAÑA

### EDUARDO GALEANO

1601/VALLADOLID

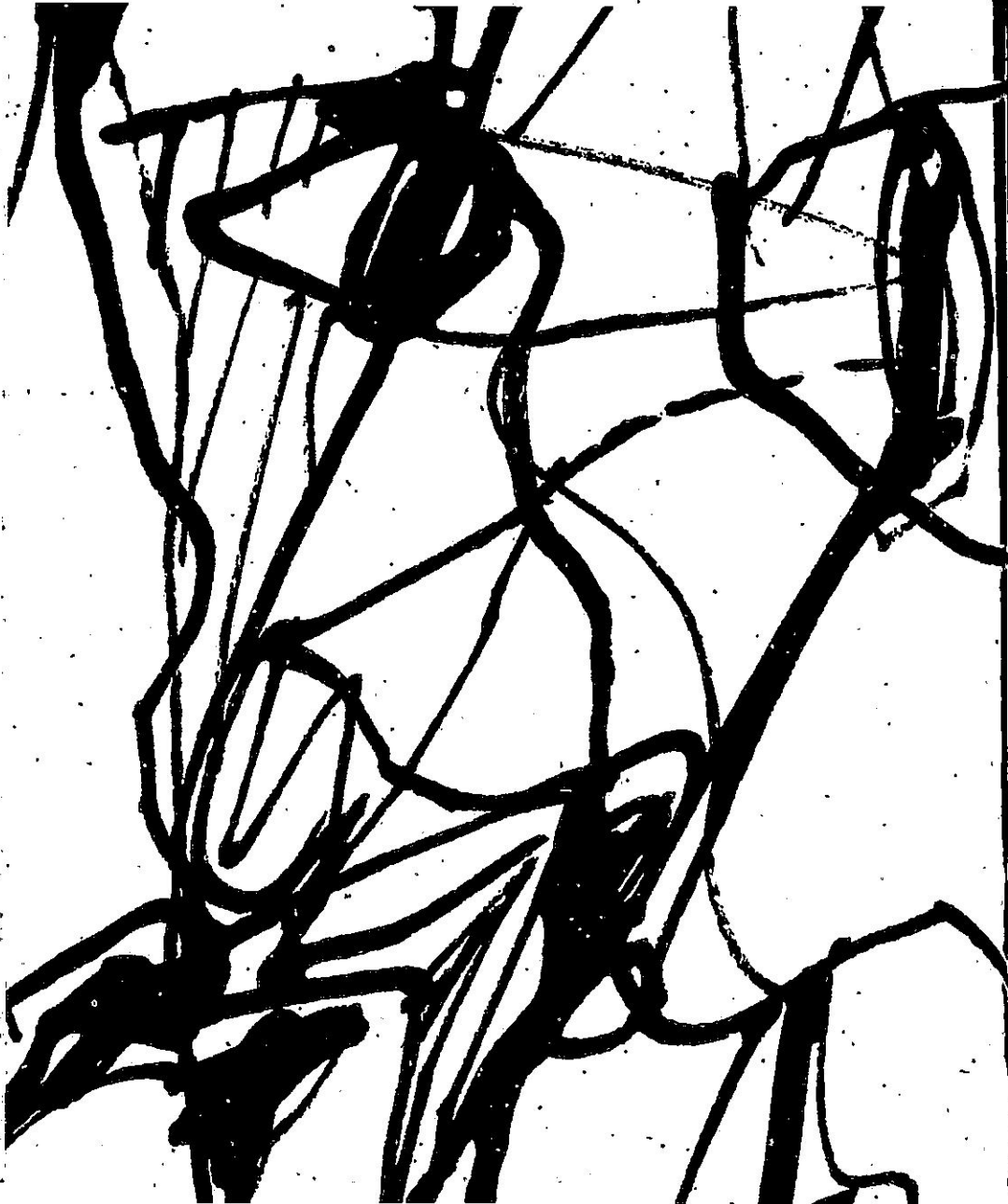
Hace veinte años que España reina sobre Portugal y todas sus colonias, de modo que puede un español pasearse por casi todo el mundo sin pisar tierra extranjera.

Pero España es la nación más cara de Europa: produce cada vez menos cosas y cada vez más monedas. De los treinta y cinco millones de escudos nacidos hace seis años, no queda ni la sombra. No son alentadores los datos que acaba de publicar aquí don Martín González de Ceyorigo en su *Memorial de la política necesaria*: por obra del azar y de la herencia, cada español que trabaja mantiene a treinta. Para los rentistas, trabajar es pecado. Los hidalgos tienen por campo de batalla las alcobas; y crecen en España menos árboles que frailes y mendigos.

Camino de Génova marchan las galeras cargadas con la plata de América. Ni el aroma dejan en España los metales que llegan desde México y el Perú. Tal parece que la hazaña de la conquista hubiera sido cumplida por los mercaderes y los banqueros alemanes, genoveses, franceses y flamencos.

Vive en Valladolid un muchacho cojitranco y miope, puro de sangre y de espada y lengua de mucho filo. Por la noche, mientras el paje le arranca las botas, medita coplas. A la mañana siguiente se deslizan las serpientes por debajo de los portones del palacio real.

Con la cabeza hundida en la almohada, el joven Francisco de Quevedo y Villegas piensa en don Dinero, que da al bajo silla, al cobarde hace guerrero y ablanda al juez más severo; y maldiciendo este oficio de poeta se alza en la cama, se restriega los ojos, arrima la lámpara y el tintero, y de un tirón, se saca de adentro los versos que no lo dejan dormir. Hablan los versos de don Dinero, que



*nace en las Indias honrado,  
donde el mundo le acompaña,  
viene a morir en España  
y es en Génova enterrado.*

1624/SEVILLA

El río refleja al hombre que lo interroga.

—¿Adónde envió al truhán? ¿He de mandarlo a la muerte?

Bailan sobre el Guadalquivir, desde el muelle de piedra, las botas chuecas. Este hombre tiene la costumbre de agitar los pies mientras piensa.

—Yo decido. Fui yo quien lo hizo nacer hijo de barbero y bruja y sobrino de verdugo. Yo lo coroné príncipe de la vida buscona en el rolno de los piojos, los mendigos y los ahorcados.

Fulguran los lentes en las aguas verdosas, clavados en las profundidades, preguntando, preguntones:

—¿Qué hago? Yo le enseñé a robar pollos y a implorar limosna por las llagas de Cristo. De mí aprendió maestrías en dados y naipes y lances de estoque. Con artes mías fue galán de monjas y cómico de la legua.

Francisco de Quevedo frunce la nariz y endereza los lentes.

—Yo decido. ¡Qué remedio queda! No se ha visto novela, en la historia de las letras, que no tenga capítulo final.

Estira el pescuezo ante los galeones que vienen, arriando velas, hacia los muelles.

—Nadie lo ha sufrido como yo. ¿No hice mías sus hambres, cuando le gruñían las tripas y ni los exploradores le encontraban los ojos en la cara? Si don Pablo ha de morir, matarlo debo.

Desde lejos, un niño andrajoso mira al caballero que se rasca la cabeza, inclinado sobre el río. «Una lechuza con lentes», piensa el niño. Y piensa: «La lechuza está loca. Quiere pescar sin anzuelo.»

Y Quevedo piensa:

—¿Matarlo? ¿No es fama, acaso, que trae mala suerte romper espejos? Matarlo. ¿Y si se tomara el crimen por justo castigo a su mal vivir? ¡Menuda alegría para inquisidores y censores! De sólo imaginarles la dicha, se me revuelven las tripas.

Éstalla, entonces, un vuelerío de gaviotas. Los navíos han echado anclas y Quevedo se alza de un sacudón y se echa a caminar, brincando casi. El niño lo persigue, imitándole el andar patizambo; lo alcanza, le tironea la capa, le pide una limosnita por las llagas de

Cristo y las lágrimas de la Virgen. Quevedo hurga en la bolsa y le arroja un puñado de monedas, sin detener el paso.

Resplandece la cara del escritor. En los muelles ha encontrado el destino que su personaje merece. Enviará a don Pablos, el buscón, a las Indias. ¿Dónde, sino en América, podía terminar sus días? Ya tiene desembocadura su novelá y Quevedo se hunde, alucinado, en esta ciudad de Sevilla donde sueñan los hombres con návegaciones y las mujeres con regresos.

## EL REENCANTAMIENTO DEL VOLCAN ANTONIO FERRÉS

Lo más extraño era que nadie expresase nerviosismo o miedo. Como si no hubiese pasado nada. La llovizna casi fría, las calles cue-  
ta arriba entre nieblas, tampoco parecían corresponder a aquella lati-  
tud del mundo. Pero sabía Pablo que estaba en el trópico. Las casas  
—de dos o tres pisos— surgían pintadas de colores vivos: amarillos,  
rojos, azules o blancos brillantes. Y, en lo alto, se vislumbraba un  
parque frondoso, de grandes desconocidos árboles con los troncos  
y ramas comidos por oscuras masas musgosas y lianas parásitas.

Le inquietaba el resplandor de aquella atroz y como normal  
vida. Aunque no quería pensarlo. Miraba ansiosamente el abierto es-  
merillado cielo con el límite del halo vegetal alzándose sobre la enorme  
materialidad verdinegra del parque. Un estremecido velo húmedo le  
empapaba las pestañas. Y sentía el prieto olor, como el de un gran  
cuerpo mojado y viviente.

—Favor..., ¿qué horas son? —le preguntó un muchacho blanco,  
mal vestido y con las ropas empapadas, que pasó cargando al hombro  
dos cajas de botellas de agua mineral.

—Pasan cinco minutos de las once.

Había procurado Pablo evitar en lo posible el acento del país.  
Todavía se resguardó durante un rato bajo el saledizo de un tejado.  
Observaba el rostro indescifrable de los indios y mestizos, los som-  
breros de paja o de hojas de palma. Parecían todos los transeúntes  
gentes tranquilas, sin temores. Seguramente que las emisoras de  
radio y de televisión seguían callando la verdadera magnitud de la  
noticia. No podía ser posible, de otra forma, tanta serenidad.

Apenas llovía ya. La niebla se aclaraba poco a poco. Arrancó  
Pablo a andar, y llegó a un alto de la cuesta desde donde se divisaban  
lejanos cultivos, quizá de café. También extraños árboles, incluso en  
los jardines, rodeando los semiocultos edificios. Ramajes, hojas de  
un verdor nunca imaginado, y lisos gruesos troncos. A lo mejor  
de esos árboles que llamaban ocozoles u otros semejantes. Debía de